

otro *regresivo*, de fidelidad a los orígenes». El primero es de extroversión y «orienta al héroe en el descubrimiento del mundo», el segundo es introspectivo, «de descubrimiento del “yo” mediante la determinación del centro del universo personal»⁶⁵.

Para este caso interesa concluir que, en la creación torguiana del mundo, la experiencia del espacio ibérico es justamente el punto de apoyo nuclear de estos dos movimientos dialécticos como cuando, por ejemplo en Guipúzcoa (en 1937), se oponen y se expresan en la *raiva da terra irmanada à raiva dos filhos*⁶⁶. En varias ocasiones habla, como a Unamuno, *nesta nossa Ibéria*⁶⁷, y, dirigiéndose al público español, confiesa que *a minha pátria telúrica só finda nos Pirinéus. Há no meu peito angústias que necessitam da aridez de Castela, da tenacidade basca, dos perfumes de Levante e do luar andaluz. Sou, pela graça da vida, peninsular*⁶⁸.

Apartado del proyecto político romántico de la *tal Espanha imperial, de Sagres a Barcelona*, que le parece un *ultraje* a la *soberanía* de Portugal⁶⁹, el iberismo de Torga es, antes de nada, determinante de una unidad de condiciones vivenciales singulares, a las que son irreductibles las estratificaciones sociales e históricas, y que sólo en la indisoluble complicidad humana y cósmica cobran dimensión: *Y yo oigo de pronto tu gemido/ dentro de mí, transfigurado en tierra*⁷⁰.

La obra de Torga está toda atravesada y traspasada por la *fúria do vento*, por el *cataclismo das águas*, por la cruda fricción de la *luz e das trevas por la voluptuosidad de la terra feminina* recién arada.

Pero es bajo la bóveda de los *Poemas Ibéricos* donde todas estas pulsiones sísmicas ganan espesor y resonancia.

Cada héroe esculpido en la piedra de los versos surge como una conformación activa de ese vitalismo dionisiaco, como si estuviese allí esperando su soplo desde el origen del tiempo.

Le faltaba, en efecto, a la *soberba ibérica* y a su autocrítica fantasía quijotesca, esta plasticidad ática, esta transfusión cósmica: *La lanza decidida/ traza en el suelo/ el tamaño de nuestro corazón*⁷¹.

Faltaba formular esa implicación del exceso herético (emparedado en el *granito de fe peninsular*⁷²) con el exceso trágico del destino del sueño puesto en una nave *aún sin regreso*⁷³.

Trasladado al Duero el Olimpo de todos los dioses subterráneos y luminosos, le falta-

⁶⁵ Rocha, Clara Crabbé, O Espaço Autobiográfico em Miguel Torga, Almedina, Coimbra, 1977; págs. 180 a 185.

⁶⁶ A criação do mundo III, «O quarto dia», ídem, pág. 32.

⁶⁷ Diário II, Coimbra, 1943; pág. 45.

⁶⁸ Diário III, ídem, pág. 47.

⁶⁹ A criação do mundo III, «O quarto dia», ídem, pág. 33 y vid. Diário IX, Coimbra, 1964; pág. 84.

⁷⁰ Poemas ibéricos, ídem, pág. 63.

⁷¹ Ibídem, págs. 72-73.

⁷² Ibídem, págs. 118-119.

⁷³ Ibídem, págs. 100-101.

ba también a la obra de Torga esa bóveda demiúrgica, esa galería de héroes primordiales salidos de la tempestad telúrica genésica.

«¡Tierra!», dice Santa Teresa. Antes del tiempo estaban en su interior los primeros hombres que crearon el tiempo. En la *costra del cuerpo de la Iberia* —*viejas rocas* indican aún las cicatrices del parto.

Cabe, finalmente, aclarar al lector que esta edición de Pilar Vázquez Cuesta aporta dieciocho Notas de información histórica relativas a situaciones y personajes presentes en los *Poemas Ibéricos* y, posiblemente, poco familiares al público castellano hablante. Les sigue una Cronología biográfica de Torga, quizá la más interesante y completa publicada hasta ahora.

En el suplemento dedicado a la Bibliografía del autor, Pilar Vázquez Cuesta incluye todas las traducciones castellanas, totales o parciales, de su obra. En cuanto a los trabajos sobre la vida y obra de Miguel Torga, Pilar Vázquez Cuesta sólo indica los «estudios que constituyen un volumen completo» y, en cuanto al resto, remite al lector al Suplemento de *Biblios* 10/Coimbra/1979 y al trabajo *Miguel Torga (Ensaio biobibliofotográfico)* de José de Melo, Aveiro/1983 (ambos, obviamente, ya incompletos).

Optando por mantener las composiciones en su tonalidad formal primitiva (quizá más en la rima que en el ritmo), la traducción de Pilar Vázquez Cuesta resulta profundamente elaborada.

Fernão de Magalhães Gonçalves

Análisis del discurso del análisis

Cierta vez, en broma (nada hay tan serio como una broma) Tomás Segovia dijo que el psicoanálisis estaba vivo porque era una religión. Ya sabemos que identificar lo religioso es muy sencillo: se trata de considerar lo Otro como un absoluto. Lo que no resulta tan sencillo es identificar el contenido de lo Otro. En México, se han reunido unos psicoanalistas para considerar el discurso del psicoanálisis en tanto lo Otro es el inconsciente, entrando y saliendo del círculo mágico de su práctica, es decir intentando razonarla profanamente. El resultado es el reading *El discurso del psicoanálisis*, a cargo de Néstor Braunstein (Siglo XXI, México, 1986, 190 páginas).

Desacralizar el psicoanálisis consiste en mirarlo desde fuera después de conocerlo desde dentro. Hacer, en cierto modo, lo que el psicoanalista hace con el discurso del anali-

zando. Seguir en una espiral dialéctica (o cadena significativa, por elegir la figura lacaniana) donde no hay metalenguaje porque todo es una suerte de escisión interna del lenguaje por medio de una metaforización continua de significados. Resbalón semántico, danza sobre el hielo, metalenguaje encerrado en el lenguaje.

Me parece que hay aquí un hallazgo importante: se trata de que el psicoanálisis es un discurso interminable que se apoya en otro discurso interminable, sin pretensiones de palabra autorizante ni originalidad. En el origen del psicoanálisis no está él mismo, está el otro, o sea la universalidad fantástica del discurso.

Como se ve, este retrato robot nada tiene que ver con el psicoanálisis institucional, en que Freud es el fundador y se trata de descifrar su palabra auténtica, a la vez que el sanador de almas dispone de una taxonomía de las enfermedades mentales y de un infalible arsenal de medicinas para acabar con ellas y devolver al sujeto su perdida salud, es decir un balance armonioso de su economía mental.

Nuestros psicoanalistas, reunidos en torno a ciertas categorías lacanianas, intentan un razonamiento opuesto: el psicoanálisis se ocupa de un sujeto supuesto, que dice sin saber que es un efecto del decir, y cuyo deseo, del cual también es una configuración intensa y pasajera (como la música) se dirige a un objeto imposible. No hay correlato entre el querer y la elocución, entre el deseo y lo deseado. En los intersticios que diseñan estos desencuentros se instala el lenguaje, afirmándose en un suelo movable, bajo el cual hay un vacío silencioso.

Tales trucos son buenos también para cierta beatería lacanista, no sé si alimentada o combatida por el mismo Lacan (tampoco acertaría a afirmar si Freud fundó una masonería de *medicine men* o una academia de desesperados). Hace poco, en Madrid, asistimos a un relato del profesor Miller, hijo político (¡y tan político!) de Lacan, quien nos contó las sucesivas iluminaciones en el camino de perfección de este nuevo Santiago que hacía de su andar un camino.

Este hermetismo crea un discurso lleno de cautelas, que cansa al profano y lo aleja de su cerca. Se queda en discurso para iniciados, que no necesitan obras, pues la fe les basta, y también en propiedad privada de los grados superiores, que determinan quiénes y cuándo llegarán a compartir los abracadabras.

Nada de esto, afortunadamente, se encontrará en este libro. He aquí un discurso para laicos, para forasteros, para pajueranos. Un discurso que intenta mostrar, nada menos, que el psicoanálisis integra el universo del discurso y no es un discurso universal por sí mismo. Que se puede leer y aún aprovechar desde fuera. Y que no parte ni llega a ningún modelo antropológico de verdad ni de salud, sino que trabaja en una tarea de significancia interminable, que bien podríamos llamar la historia.

Por ejemplo: Nasio (p. 47) y Braunstein (p. 97) intentan mostrar que el sujeto supuesto del psicoanálisis es el sujeto trascendental de la estética kantiana y que el complejo de Edipo está mejor explicado en Hegel que en Freud, por lo cual la historia hace de Hegel un antepasado de Freud y de éste, el destino de aquél, siendo que ambos, en la anécdota de la historia germánica del XIX, se ignoraron, por razones obvias y distintas.

Freud ya admitió, a veces explícitamente y otras, de modo oblicuo, que pertenecía